

EL ARGOS.

SEMANARIO

DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, NOTICIAS Y ANUNCIOS.

Año I.

Caravaca 10 de Junio de 1877.

Núm. 4.

SUMARIO.

"La Cruz de Caravaca" (continuación) por M. Torrecilla del Puerto.—"El Hombre en la Humanidad", por J. M. Moreno y Leante.—"Los Toros" por R. Gimenez de la Fuente.—"Una palma y una Corona," (poesía) por E. Bautista y Patier.—"Un recuerdo," (poesía) por A. Blanco Garcia.—"Misterio" (poesía) por M. Figueroa Rios.—"A la Virgen" (poesía) por G. Sanchez Ruiz.—"El Niño ciego" (poesía) por Jesús Cencillo.—Comunicado.—Noticias.—Charada.—Anuncios.

LA CRUZ DE CARAVACA.

IV.

Pocos dias bastaron para que el canónigo anunciase al Rey que se hallaba pronto para la ceremonia, á cuyo fin se habian traído de Cuenca los ornamentos sagrados y demás efectos indispensables para el caso.

Era el dia 3 de Mayo de 1813. Ante un altar improvisado en la retirada estancia del alto alcaza de Caravaca, se agrupaban confundidos los mas caracterizados moros de la corte de Ceit y los cautivos cristianos que al efecto habian salido de sus mazmorras.

Abrióse una puerta de la arabesca estancia y dió paso al poderoso Monarca Ceit-Abuceit que entraba circuido de sus esclavos y servidores y acompañado de su esposa Ayla y de sus hijos Ceit-Mahomet y Ali-Ceit.

Colocado el Emir bajo un sòlio de brillantes y ricas telas de seda recamadas de oro y pedrería, y rodeado de su real familia, hizo magestuosamente una señal, y el respetable sacerdote D. Ginés Perez Chirinos se presentó con las sagradas vestiduras ante la mesa en que iba á comer el pan celestial.

Postráronse de rodillas los cristianos: los moros maquinalmente les imitaron. Dióse principio al Santo Sacrificio de la Misa en medio del mas profundo silencio, y solo se oían los versículos del salmo *Judica me Deus* que dirigian á Dios el sacerdote y su ayudante, cuya honra tal vez tocara á uno de los dos cautivos D. Pedro y Juan de Monforte y Velois. Dió magestuoso un paso el celebrante: entró en el altar de Dios; y cuando poseído de

santa unción levantó sus manos y sus ojos al cielo, á la vez que el corazón, para pronunciar el reverente *Gloria in excelsis Deo*, suspendió el acto súbitamente mostrando con su indecisión y perplejidad que se hallaba dominado por una de esas situaciones cuya solución no se encuentra. Acababa de comprender que al pedir á Cuenca lo necesario para la Sagrada ceremonia, se habia olvidado del mas precioso de los requisitos.

—¿Qué esperas? le dijo con arrogancia el moro, ¿tan pronto ha llegado el caso de que confieses la falsedad de tus asertos?

—Fáltame, Señor, una Cruz, contestó Chirinos con humildad, sin la cual no me es dado continuar.

Un resplandor indescriptible penetró á la vez por una ovalada ventana próxima al altar.

—¿Es esa por ventura la Cruz de que careces? se apresuró á preguntar el atribulado mahometano.

El sacerdote por toda respuesta dió un grito de placer y se apresuró á recibir en sus manos y colocar en el involuntario vacío una Santísima Cruz de cuatro brazos que le entregaban dos ángeles, divino fragmento del Sagrado leño que habia servido de suplicio al Salvador.

V.

Convertida la estancia en un cielo mas radiante que el Paraiso de nuestro Sagrado Génesis; mas bello que la falsa imágen del Eden del Coran y mas delicioso que la encantadora ficción del pòtico Parnaso, oyóse un clamor general salido del pecho de todos los circunstantes, que no podremos asegurar nosotros, ni ellos mismos lo dirían, si fué arrancado á la admiración, al temor ó á la ternura.

Aquel clamor resonó en todos los ámbitos del opulento palacio, y como el eco del torrente se repitió en toda la fortaleza, llegando hasta el mas retirado hogar de los caravaqueños mahometanos.

Los que presenciaban la sagrada ceremonia, hundidas sus frentes á el suelo, imploraban misericordia y gracia del Dios Santo, del Dios único, del Dios verdadero, del Dios de los cristianos, y los demas affuian en todas direcciones atraídos

